A. MARTIN RUIZ y PEDRO GALÁN

«La Pulcritud», Peluquería

SAINETE

en un acto y en prosa, original

Copyright, by A. Martín Ruiz y P. Galán, 1914

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1914

«LA PULCRITUD», PELUQUERÍA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

E127

«LA PULCRITUD», PELUQUERÍA

SAINETE

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

A[illegible] y PEDRO GALÁN

ena representa el salón mo

Estrenado en el TEATRO PARISIANA de Zaragoza, la noche del 10 de Enero de 1914

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1914

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ROSARIO	
GREGORIA	SRA. PASTOR.
TIMOTEO	SR. SERRANO.
PEPE	AZAÑA.
VALERIANO	RUSTE.
EMILIANO	SANTAMARÍA.
RAFAEL	LANCHO.

imprimirla ni representarl
s con los cuales se hayan
n adelante, tratados interna
iaria.

ACTO UNICO

La escena representa el salón modestísimo de peluquería de Timoteo Cabello. A la derecha y primer término, puerta que da á la calle. Al fondo y ante dos espejos sucios y deteriorados, dos sillones de servicio. Cerca de cada sillón una mesita con los utensilios del oficio. Entre los dos espejos un respetable salchichón que penderá de un gancho sobre el que se halla un rótulo con la siguiente inscripción: OSEQUIO ALA PAROQUIA. Debajo del embutido el número 113. A la izquierda, junto al fondo, puerta de entrada á las habitaciones interiores. En primer término y á la izquierda también, otro sillón completamente desvencijado que se ve libre de los desvanes, porque según Timoteo, su ausencia estropearía el conjunto de tan suntuoso mobiliario. A la derecha un banco y en los espejos ha de leerse: SERBICIO HECONOMICO 15 CÉNTIMOS. En el centro de la escena una mesa con periódicos y lecturas folletinescas. Es un atardecer de primavera. Derecha é izquierda las del actor.

ROS. (Sentada en el banco cosiendo unos calzoncillos y cantando.)

A mí me gusta la gaita,
viva la gaita,
viva el gaitero.
A mí me gusta la gaita
que tenga el fuelle
de terciopelo.
A mí me gusta lo blanco,
viva lo blanco,
muera lo negro;
que lo negro es cosa triste...

TIM. (Que viene de la calle con pocas ganas de música.) Lo triste es que sabiendo lo que ocurre me confundas el establecimiento con la Escalera de Milán. Que no vuelva á oirte desafinar.

ROS. ¡Pues no viene usté intransigente que digamos!

TIM. La cosa no es pa menos. Tres días buscando un dependiente, encontrarlo hoy y salirse el muy ladrón pidiendo poco menos que la Vía Láctea pa un desayuno, la Osa Menor pa un sobrino y las Cabrillas pa un nacimiento.

ROS. ¿Pero es el que nos recomendó el señor Salustiano?

TIM. Sí, hija, sí; el mismo. Ha tenío la desfachatez de preguntarme si teníamos cuarto de baño y ascensor hidráulico.

ROS. ¿Y usté qué le ha contestao?

TIM. Que si me había tomao por el Maitre del Hotel Mundiale de Nueva Yorque.

ROS. Pero que muy bien dicho.

TIM. Y pásmate, Rosario. Me exigía que en todos los sorteos le tocara el salchichón. (Señalando al que pende del gancho.) En cuanto se ha metido con el osequio á la parroquia, me han dao ganas de hacerle una ligera oservación con el puño, pero he optao por dar media vuelta y suspender el debate.

ROS. ¡Y mañana sábado!

TIM. Y no es ná. Ya me dirás tú cómo voy á entendérmelas con los parroquianos: necesitaba ser una especie de afeitadora mecánica.

PEPE (De maneras y vestir algo achulapados. Desde la puerta de entrada.) Felices. ¿Hay permiso?

ROS. (Aparte.) ¡Dios mío, Pepe!

TIM. Adelante, joven. (Pepe entra.) ¿Va usté á servirse?

PEPE Cá, no señor. Soy un modesto *coiffeur* que solicita colocación.

ROS. (Aparte y asombrada.) ¡Qué trápala!

TIM. (Con alegría.) (¡Vaya, ya salió uno!) ¿Y en qué condiciones?

PEPE En las mismas que el anterior. Las conozco.

TIM. (Durante este diálogo, Rosario continuará cosiendo

nerviosamente los calzoncillos, suspendiendo de vez en cuando la labor ante la frescura de Pepe.) ¿Y en dónde ha servido usté hasta ahora?

PEPE Pues verá usté: (Hagamos novela.) Un servidor es oriundo de...

TIM. Suprima la *biología*...

PEPE Desde mi tierna adolescencia, cuando apenas frisaba en los cinco abriles...

TIM. (Con algo de enfado.) Suprima descripciones.

PEPE Es que pa documentarle mejor le iba á colocar la historia de mi edá antigua, pero en vista de sus impaciencias, comenzaremos por la media...

TIM. Suprima esa etapa de su vida. Puede empezar por la contemporánea.

PEPE Acezto gustoso. Fué hace tres años, cuando mi cuñada...

TIM. (Muy enfadado.) Suprima...

PEPE Mi cuñada...

TIM. He querido decir que deje usté á un lao esas nimiedades y vamos á lo que interesa. ¿Cuánto tiempo lleva usté en el trabajo peluquérico?

PEPE Tres años. Desde que me tiró la brocha...

TIM. (Con viveza) Pero, joven, ¿pretende usted describirme una reyerta?...

PEPE Nada de eso; pretendo decirle que hace tres años fué cuando comencé á sentir cariño por el oficio. Desde entonces hasta hace quince días, he servido á lo más selezto del sexo fuerte, y mi navaja ha sido y es la admiración y el aprecio de cuantos han tenido el gusto de percibirla.

TIM. Pues ná... admitido; no hablemos más; y mientras voy á ponerme de faena, mi hija Rosario le enterará de los pormenores del servicio.

PEPE Agradeciendo y deseando cumplir. (Se dan la mano.)

TIM. Oye, niña, ¿me has lavao ya la blusa?

ROS. En la percha la tié usté colgá. (Timoteo sale por la izquierda. Dejando de coser y mirando á Pepe malhumorada y con asombro.) Pero, ¿qué hace usté aquí?

PEPE (Tranquilamente.) Oposiciones á una descalabradura.

ROS. Y no se le estaría mal. Es usté más fresco que el Polo Norte con ventiladores.

PEPE Si en esta ocasión soy talmente un *iczebere*, usté tié la culpa.

ROS. (Levantándose.) ¿Yo?

PEPE Sí, usté; usté que está contrariando este àmor que me avasalla, dizno, por su ímpetu, de ser correspondido con alucinación mental. Si usté me quisiera hacer la *pandante* en el idilio amoroso, íbamos á dejar en la oscuridá más tenebrosa del panteón del olvido á la Clópatra y al Marco Antonio, á Sansón con La Lila, al señor Rodrigo con la Cava...

ROS. ¿Acaba ó no acaba?

PEPE En fin, que la Patré Freres nos iba á elaborar una *fin de arte* con tigres y panteras, dos docenas de gladiadores esportivos con las pantorrillas al aire y tres incendios... ú cuatro si nos parecía conveniente... y sonríase usté del Quo Vadis ú de los últimos días de la ciega del Vesubio.

ROS. No, si película la habrá de todas maneras: con el primer parroquiano que caiga en sus manos que va á actuar de víctima, y mi padre que va á representar el papel de vengador... (Pausa.) Pero, ¿quién le ha dicho á usté que sabe afeitar? Si todo lo que le ha contao á mi padre es una narración de las dos mil y pico de noches. Si usté no ha sido en su vida dependiente de peluquería.

PEPE Cabal. Está usté mejor informá que la *Gaceta*. Pero el amor, Rosario, obliga á muchas cosas cuando se usufruztúa por corazón una sensitiva; y el mío que almacena más romanticismo que un rayo de luna tamizándose por un boscaje de cocoteros, me llevaría, no sólo á cortar el pelo, á hacer encaje de bolillos con la trenza de un mandarín de Li Hua Cham y á sacarle la raya á una mandarina... Bueno, pero dejémonos de ilusiones quiméricas, y vengamos á la realidá que es lo interesante. ¿Está usté dispuesta á emitir un sí natural é inapelable ante el *ecómono* de la parroquia, teniendo á su vera (Señalándose.) estos sesenta y dos kilógramos de sustancia varonil?

ROS. Ca, hombre. ¿Yo escuchar con usté la carta de San Pablo, que en paz descanse? Vamos, quite. ¿Pero quién es usté? ¿Es que sesenta y dos kilos de horchata tienen derecho á resfriarme la existencia? Le dije hace una semana que no había de qué y que no hay de qué le digo hoy.

PEPE Me declaro irresponsable de lo que pueda ocurrir, y si su terquedá en no quererme nos lleva á una hecatombe, ¡qué le vamos á hacer! *pulviris eres et in pulviris reventeris*, que dijo el Cardenal Cisneros.

ROS. ¡Ay, hijo!, pues á mí *sursun curda* que dijo el otro.

(VALERIANO, curda perdido entra por la derecha y hace una reverencia cómica.)

PEPE ¿Curda dice? pues ahí lo tie usté.

VAL. Buenas tardes. (Se va a la mesa del centro y deja caer unas monedas.) Un tendido de sol...

ROS. Buena la lleva el señor Valeriano. (A Valeriano, riéndose.) Si no ha comenzao la temporá.

VAL. Pues dame dos de cazalla.

ROS. Que está usté en la peluquería del señor Timoteo.

VAL. ¿Ah, sí? Pues que me afeiten. (Se va hacia el sillón roto. Antes de sentarse ve su imagen en el espejo y exclama muy ceremonioso:) ¡Buenas tardes, caballero. (Al ir á sentarse y apercibiéndose del movimiento de su imagen dice:) Usté primero... no, no, muchas gracias... Siéntese usté... Vaya, nos sentaremos los dos. (Se sienta, el sillón cruje, se parte por la mitad y el pobre Valeriano da con los huesos en tierra.) Rechufla, se descacharró el pedestal. (Pepe y Rosario, que han reído las gansadas del curda, acuden á levantarlo.) ¿También se ha caído ese señor?

PEPE (Con guasa.) Pero, que de latiguillo.

VAL. (Al espejo otra vez.) ¿Qué? ¿Se ha hecho usted daño? Cuánto lo siento.

GREG. (Mujer de Valeriano, por la derecha.) Lo pesqué.

ROS. Ande, señá Gregoria, que ahí tié usté á su marido convertido en un bizcocho de Guadalajara.

GREG. Sí, hija, sí; la de tos los días. He tenío la suerte padre. Con un marido alcohólico

como este y un *landolete* de cuarenta caballos H. P. la apocalisis de la felicidá.

VAL. (Viendo á Gregoria.) Saltó y vino el trenta y tres; le ha tocao al melitar un acordeón.

GREG. Pero ven aquí, ladrón, ¿no te da vergüenza ser el *Toni Grice* del barrio?

VAL. (Separando á su mujer que quiere sujetarle.) Aguarda que acabe la rifa.

GREG. (Furiosa.) Cállate, so catecúmeno.

VAL. (Ofendido y lloroso.) Me has matao; injurias no, que hay visita.

GREG. Lo que hay son... narices.

VAL. ¡Ah! ¿no te lo crees? (Yéndose al espejo.) Pues mira.

GREG. ¿Qué?

VAL. Ese caballero.

GREG. ¡Cacho de animal, si eres tú que estás en la luna!

VAL. (Riéndose se dirige hacia Pepe, al que toma por las solapas llevándole con misterio á la derecha.) ¿Usté se ha fijao? Ha dicho que estoy en la luna. ¿No opina usté que mi señora viene bebida?

PEPE ¡Ja, ja, ja!

GREG. (Marchando hacia Valeriano en actitud poco tranquilizadora. Pepe y Rosario la detienen.) ¿Qué dice ese granuja?

PEPE Nada, señora.

GREG. Porque ese es capaz de insultar hoy á la estatua de Mendizábal. Lleva la cogorza más irreflexiva de su vida, y cuidao que las ha pescao volumétricas. ¿Qué les parece que ha hecho en la iglesia del Carmen? Ha metío la cabeza por un confesonario y ha tenío el tupé de pedirle al cura un tendido de sol.

ROS. Lo mismo que aquí. (Riendo.)

PEPE La lleva taurómaca.

GREG. Bueno, y por si esto fuera poco, al sacristán que le ha sacao del templo va y le pregunta si podía prestarle la cabeza pa un aparato de luz eléctrica.

VAL. ¿Y él tenía derecho á llamarme vagón-cuba?

GREG. Cállate, so indecente. (A Rosario y Pepe.) ¿Y lo de la funeraria del señor Ufrasio? Ná, que quería comprar un bombardino.

PEPE Sí que está jovial su esposo.

GREG. Y en un momento de semilucidéz, al enterarse del lugar en que se hallaba, ha encargao pa mí un entierro de tercera.

VAL. (Incomodadísimo.) Calumnia. (De pronto comienza á llorar.) ¡Infame! ¡Traidor, inconfeso y mártir! El entierro se lo he pedido á la *Balli-Balliere.*

GREG. ¿Se han fijao ustés qué monada de conyugue? Di otra gracia, pelicano. (Cambia de tono.) Arza pa casa, que te voy á enjaular. (Lo coge del brazo é intenta llevárselo.)

TIM. (Saliendo por la puerta de la izquierda con la blusa puesta.) Pero, ¿qué ocurre? ¿Qué voces son éstas?... ¡Ah!, es usté, señá Gregoria.

GREG. Sí, yo soy, que he venido á recoger esta condenación de hombre.

TIM. ¿Y es muy grande la *trenzadera?*

GREG. Pa sacar á flote una sedería... En fin... vámonos. Buenas tardes. (Arrastra á Valeriano.)

ROS. La voy á acompañar.

GREG. No te molestes.

ROS. No es molestia y, además, que usté sola no va á poder.

TIM. Sí, hija, sí; vete. (Rosario toma á Valeriano por el brazo que le queda libre.)

VAL. (Al verse entre las dos mujeres, dirigiéndose á Timoteo.) Vaya un grupito. Si nos viera Sorolla, nos hacía un fresco al aceite.

GREG. Pa fresco, tú. Arzando.

VAL. Permíteme que, antes de salir de aquí, dé un viva sonoro. (Toma aliento, adelanta un pie y grita.) ¡Viva el chartreuseeeeeeee!...

GREG. ¡Qué rico! (Le tapa la boca y salen los tres.)

TIM. Pobre señá Gregoria; tan buena y tan trabajadora y... con la filoxera en casa.

PEPE No lo hace mal el amigo, nó. (Pausa y dice:)

TIM. Qué, ¿ya le ha enterao mi hija de los pormenores del servicio?

PEPE Sí, señor. Lo único que no me ha convencido es lo de las propinas.

TIM. ¿El qué?

PEPE Ná, que según sus cuentas, lo más que se saca uno al cabo de la semana son veinte reales. Usted debiera abonar...

TIM No haga usté caso. Esas son *cuentas de Rosa-*

rio. Usté trabaje. Yo no le digo que en mi casa vaya á ganar pa gastar gabán de pieles y calcetines de Hilo-Hilo; pero le garantizo que el *coci* substancioso y una pañosa de abrigo los tié aquí aseguraos de incendios.

PEPE — Y de accidentes de la vida, ya lo sé. Por eso he venido.

TIM. — Pues ná, joven, á portarse bien en mi establecimiento y hágase cuenta de que le espera un porvenir bordao á máquina.

EMIL. — (Por la puerta de la derecha. Es un carpintero que se las da de sabio y ferviente admirador de Francia.) *Bon suar, monsiures.*

TIM. — Felices, Emiliano.

PEPE — Buenas tardes.

EMIL. — (A Timoteo.) Abrázame. Por fin me cayó el embutido. Ya era hora. Siete meses ha sido ese Vich (Señala al salchichón.) la pesadilla de mi casa. Gracias á una veleidá de la fortuna, esta noche, en armónico consorcio, *mua,* mi señora y *mois petites filles* tendremos la primer *interviuse* con el supradicho.

TIM. — ¡Ah!, ¿pero tú eres el poseedor del número 113?

EMIL. — *Ego sum, mon ami.*

TIM. — Que sea enhorabuena y que te lo comas con salú.

EMIL. — Voy á cortarme el pelo. Antes me proveeré de lectura. (Va á la mesa del centro y toma un libro.) Hombre, tienes aquí *Le Mistere de la Maison Blanche.*

TIM. — Ah, sí; es una novela francesa que se dejó olvidada Román el de la librería.

EMIL. — (Hojeando.) Cosa buena, cosa buena. Yo adoro todo lo francés. Desde que estuve en Tolón á ver la chica que tengo casada con un *patisiere,* estoy admirao.

PEPE — ¿Qué es eso de *patisiere?,* y usté perdone la curiosidá

EMIL. — ¿Qué ha de ser, señor? Pastelero: *elaborader de confitures.* (Aparte.) ¡Qué ignorante es este joven. (En voz alta.) Aquello es una población á la *derniere.* Aquello son *boulevares.* En fin, si me pierdo, que me busquen en Tolón... Hombre, únicamente me molestaron las campanas de la torre de una iglesia vecina.

Al punto de la mañana ya se sabía: talán, talán...

PEPE — Allí sería *tolón, tolón.*

EMIL. — (Riéndose de mala gana.) Es festivo este joven

TIM. — El nuevo dependiente.

PEPE — Servidor de usté.

EMIL. — (Sin dejar la novela, marcha al sillón del fondo izquierda.) Vamos á ello.

TIM. — (A Pepe.) Bueno; á ver que tal lo hace usté.

PEPE — ¿Cómo?

TIM. — Que le corte el pelo.

PEPE — Bien... sí, pero .. ¿sabe usté?... que no me he traído la herramienta.

TIM. — No importa; hágalo usté con la de casa.

PEPE — (Coge el peine y tijeras y, procurando esquivar la mirada de Timoteo, se adelanta á primer término y dice.) Llamé á Rosario y no oyó; decidió calabacearme; de la gresca que aquí se arme, ella responda, no yo. (Vuelve al lado de Emiliano.) ¿Corto ó largo? (Emiliano, embebido en la lectura, no contesta.) ¿Corto ó largo?... Que si corto...

EMIL. — Corta por donde quieras. Estaba entusiasmao con un párrafo *tres cholí*

PEPE — Pero, ¿usté entiende todo lo que pone ahí?

EMIL. — Toma, pues ya lo creo. ¿Ves esta palabra?

PEPE — Sí señor.

EMIL. — *Mercredí.* ¿Qué te parece que significa *mercredí?*

PEPE — Francamente, no lo sé.

EMIL. — Pues significa miércoles.

PEPE — (Con chunga.) ¿Ah, sí? Yo *mer credí* otra cosa.

EMIL. — ¿Es que lo dudas? Coge el *dicionare de la langüe francaise* y verás lo que dice. (Sigue Emiliano en la lectura y Pepe comienza á cortarle el pelo y á pasar los grandes apuros.)

RAF. — (Torerito joven que aún no ha salido de las económicas. Los periódicos le han dado algún que otro bombo y al chico se le han subido los alamares á la cabeza. Viste gorrita chula y un trajecito decente, pero sin pretensiones; las botas de color, muy coquetonas. Entra muy deprisa y alegre.) Señó Timoteo, señó Timoteo.

TIM. — ¿Qué hay, Frascuelo?

RAF. — Un día mu grande; pa ponerlo con letras de oro en el calendario.

TIM. — ¿Pues qué sucede?

RAF. Que estoy contratao pa una con picadores. Mire el telegrama.

TIM. (Lee el telegrama.) ¿Conque pa Alcalá de Henares?... Chico, abrázame, que si alguien te aprecia en el mundo y se alegra de lo bueno que pueda sucederte, ese soy yo.

EMIL. Rafaelillo, enhorabuena.

RAF. Muchas gracias.

TIM. Ahora, si quedas bien, á mirar pa Madrid.

RAF. Too se andará. Ganas no faltan y coraje me sobra; y usté déjese, que como me salgan claros, armo una revolución.

TIM. ¿Y si te salen broncos, como los que te echaron aquí el año pasao?

RAF Los mataré como los buenos. Ya vió usté aquel berrendo de sentío que se aquerenció en las tablas, cómo le entré por derecho y le hice toa la faena con la izquierda. Pues en Alcalá hago más.

TIM. Eso es; duro y á la cabeza. Así se llega.

EMIL. (Que ha sufrido una caricia de las tijeras de Pepe.) ¡Ay!

PEPE ¿Le he hecho á usted daño?

EMIL. (Con amoscamiento.) Regular. (Timoteo, al oir la exclamación, vuelve la cabeza algo escamado.)

TIM. Pa ti va á ser el mundo, Rafael, si sigues con esa afición. Te estoy viendo con cuenta corriente en el Banco y poseyendo el secreto de sugestionar á las hembras.

RAF. Ah, en el arte de bregar con las señoras, hace tiempo que pasé de los palotes. Tengo pa mi uso particular y confeccionao por mí mismo un «Manual de tauromaquia femenina», que es el último grito de la camelancia. No lo publico porque tengo compasión al sexo débil. Fíjese usté en el calibre de alguna de sus máximas: «Cuando te eches á la cara una mujer que merezca verse, la saludarás con un farol. Si ella toma bien el terreno que le corresponde y es tu tipo, la osequiarás con un recorte mu ceñío, procurando hacerte el dueño de la divisa; (Señalándose al corazón.) si ella se repulsa, aquí de los pases de tirón.

EMIL. (Sintiendo otra caricia de Pepe.) ¡Ay!

TIM. ¿Qué ha sido eso?

EMIL. Un tirón.

TIM. (Reprendiendo á Pepe.) ¡Que van dos!

PEPE Un descuido... me fijaba en las máximas y me he salido de la realidad.

TIM. (A Rafael.) ¿Y si además de la señora tienes que entendértelas con un marrajo?

RAF. Pa esos está el segundo capítulo, que dice así: «Si es bravo y viene pegando, lo citas y lo quiebras, procurando estar á la vera de un burladero.»

EMIL. ¿Y si es manso?

RAF. (Despectivamente.) Si es manso... lo pasas por alto. Pero lo más difícil en este arte, es tomar el olivo cuando uno se cansa de torear. También tié su capítulo Que hay lágrimas. . una verónica, y si el asunto se pone feo, se le da una larga... y á otras, que en estas cosas de mujeres, señor Timoteo, no hay ná tan bueno como *los cambios.*

EMIL. ¡Ay!

TIM. ¡Qué *ban...!*

EMIL. (Levantándose y á Timoteo.) Tres.

TIM. ¡Qué ban... dido, iba á decir!

EMIL. Esto es el martirologio.

TIM. (Se acerca á Emiliano y se da cuenta de las filigranas de Pepe.) Pero... ¿qué ha hecho usté en esta cabeza?

EMIL. (Se mira al espejo y en un arranque de rabia lanza la novela contra Pepe.) ¡Apache!

TIM. Vamos, hay motivo...

EMIL. ¡Cómo me ha puesto la *tete!* Este hombre es la tiña.

RAF. (Acercándose á Emiliano.) Rediez, si eso parece un mapa *coreográfico.*

EMIL. Anda. Fíjese usté por este lao: es una reproducción de la escala de Jacob. Lo voy á linchar.

RAF. Déjelo usté, hombre.

PEPE Perdón. Una distración la tié cualquiera.

EMIL. (Otra vez al espejo y furioso) Si parezco un perro de aguas. ¡Qué cabeza! ¡Qué cabeza!

TIM. Cálmate, que ya te voy á arreglar yo.

EMIL. ¿A mí...? Como no me zurzan. Ni tú ni nadie me pone las manos en el cuero cabelludo. (Coge la gorra y precipitadamente va á salir de la Peluquería, pero ya en la puerta, retrocede exclamando:) Me lo voy á comer.

PEPE (Corriendo hacia la izquierda.) Se me merienda.

TIM. ¡Por Dios, Emiliano!

RAF. ¡Señor Emiliano! (Rafael y Timoteo, temiendo un desaguisado, se ponen delante de Pepe para protegerle. Emiliano, al llegar frente al salchichón y mirando á Pepe, hace un gesto despreciativo, toma el embutido y sale rápidamente.)

RAF. (A Timoteo.) Tranquilicémonos; se refería al salchichón.

TIM. (A Pepe.) Oiga, pollo; ¿usté ha venido á mi establemiento á cortar el pelo ó á tomarlo?

PEPE (Azarado.) Es que yo... ya me explicaré... la verdá... que... eso es... la...

TIM. ¡Maldita sea! No sé cómo me contengo Si me dejara llevar de los nervios, hacía una atrocidá.

RAF. No haga usté caso; se conoce que lleva poco tiempo.

TIM. ¿Que no haga caso? Si me acaba de quitar un amigo y un parroquiano de toda mi vida.

ROS. (Por la puerta de la calle.) Pero, ¿qué ha ocurrido, que salía el señor Emiliano á noventa por hora?

TIM. Ná; aquí, el pollo, que nos ha salido de dublé y le ha hecho al pobre hombre un mosaico chino en la cabeza.

ROS. (Aparte.) Lo que yo me temía. ¡Si no podía ser otra cosa!

TIM. (A Pepe.) Pero, vamos á ver: ¿qué es lo que le ha traído á usté á mi casa?

PEPE ¿Quiere usté que le sea franco?

TIM. Claro que sí.

PEPE Pues voy á serlo.

ROS. (Aparte.) ¿Por dónde saldrá éste?

PEPE En primer lugar me ha traído aquí el amor que siento hacia su hija.

TIM. (A Rafael, que también se ha extrañado.) ¿Tú oyes? (A Rosario.) ¿Y tú, qué dices?

ROS. ¿Qué voy á decir? Este hombre hace bastante tiempo que me ronda, y á mí—y usté perdone—, no me disgusta; pero.. se trata de un sujeto sin oficio ni beneficio. Si él trabaja y aprende á ganar la vida, que inteligencia y brazos no le faltan, me tendrá muy dispuesta á recibirle con buenos ojos.

RAF. (A Timoteo.) Muy sensata.

TIM. (A Pepe después de unos momentos de duda.) Ya lo ha oído usté. Lo que ha dicho Rosario es la fija, que yo no la he de contrariar en cuestión de amores. Hoy sale usté por esa puerta, y el día que esté en condiciones de ganarse á mi chiquilla, vuelve usté, que le recibiremos con los brazos abiertos.

PEPE (Tristemente, pero satisfecho.) Conformes, señor Timoteo... pronto volveré... Quede usté con Dios... Adiós, Rosario.

ROS. Adiós.

PEPE (Va á salir y retrocede indeciso.) Señor Timoteo... yo le he dicho que me traían aquí dos cosas.

TIM. ¿Cuál es la segunda?

PEPE Venga usté. (Llevándole á la puerta.) ¿Ve usté aquellos dos señores de cara seria que están junto á la esquina?

TIM. Sí.

PEPE Son los autores del sainete, que me han dicho: desdichado de ti si sales de la Peluquería sin aplausos.

TIM. De eso no se preocupe. (Por el público.) ¡Son poco amables los señores! (Al público.)
No creais que yo pido gollerías,
se trata de este asunto solamente:
que mostreis vuestro agrado á los autores
obsequiando con palmas al sainete. (Telón.)

FIN DEL SAINETE

3 0112 117487659

Precio: UNA peseta